

# Comentarios

## *El primer año de gobierno de Francisco Flores*

Con motivo de su primer año de gestión al frente del poder ejecutivo, el pasado 1 de junio, el presidente Francisco Flores pronunció un discurso a la nación desde el recinto de la Asamblea Legislativa. Un discurso lleno de optimismo que destaca los importantes logros que, en opinión del mandatario, se ha anotado el equipo gubernamental. En contraste con el optimismo oficial, las encuestas de opinión revelan un creciente descontento popular. La inseguridad ciudadana, el desempleo y la reducción del poder adquisitivo de la canasta básica son algunos de los temas de mayor preocupación para los salvadoreños. En el siguiente comentario, se tratará de reflexionar sobre la gestión gubernamental y su incidencia en la vida del país.

Las opiniones son divergentes en torno a un balance del primer año de gestión del presidente Francisco Flores. El mandatario autocalifica su desempeño con una nota de ocho. Cree que, durante este año de gobierno, ha sacado al país de una recesión económica, ha puesto las bases para generar “más y mejores empleos”, ha logrado el Tratado de Libre Comercio con México y le ha apostado a la reactivación del agro. La población, en cambio, ve con cierto pesimismo la realidad nacional. Un sondeo de opinión del Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP), de la UCA, califica con 5.4 la gestión del presidente. La mayoría de los salvadoreños no sienten una mejora en su situación económica. En el mismo sentido se expresan algunos opositores al gobierno, que califican de “espejismo” las medidas y decisiones en que se ampara el presidente para hablar de logros en el año que lleva de su gestión. Entonces, como un primer balance, hay una clara diferencia entre, por una parte, la percepción general del

desempeño gubernamental y, por otra, las evaluaciones hechas por el ejecutivo y sus ministros.

Esa contradicción entre opinión pública y opinión oficial ha sido una constante del gobierno de Flores. El manejo oficial de la información siempre ha buscado mostrar una realidad diferente de la que vive la mayoría de la población. El “nuevo El Salvador” de Casa Presidencial ha estado alejado de los salvadoreños. Por ello, no es casualidad que la mayoría de la población no vea cambios en la estrategia de combate a la delincuencia ni mucho menos que los niveles de criminalidad hayan descendido —contrariamente a lo que pregona el discurso oficial—, mientras que se reconoce en el presidente, como cualidad sobresaliente, el ser un buen orador. Así, pues, en el marco de este divorcio entre la percepción que el gobierno tiene de sí mismo y la percepción que de él tiene la población, lo más seguro es que aumente el descontento popular, no se logre una pronta solución a la vieja denuncia de la no-representatividad de los políticos y no se rompa el círculo vicioso del abstencionismo electoral. Empero, las expectativas eran otras el 1 de junio de 1999.

En el momento de la toma de posesión, el presidente Flores venía de recorrer todo el país. Pretendía construir su programa de gobierno después de “escuchar a todos los salvadoreños”. En la campaña electoral, se había presentado como un joven intelectual —un moderado que había desempeñado un papel ejemplar como Presidente de la Asamblea Legislativa—, cuya presencia en la política significaría una nueva manera de hacer las cosas en El Salvador. Fue el manejo que hizo de la prensa de su figura lo que convenció a la mayoría de los salvadoreños que lo eligieron, a pesar de haberse negado —valiéndose de su cómoda ventaja en las prefe-

rencias ciudadanas— a debatir con los demás candidatos. Los electores, sin embargo, no interpretaron esa actitud como una señal de prepotencia e incapacidad para discutir del entonces aspirante a presidente.

La prepotencia, la negación a todo diálogo y la poca capacidad de escucha no han estado ausentes durante este primer año del gobierno de Flores. Así lo evidencian las respuestas del mandatario a los diferentes hechos que han marcado la vida política nacional en este lapso. Frente a las huelgas, denuncias, demandas y protestas sociales, la respuesta ha sido la misma: desestimar su validez aduciendo la existencia de un plan de desestabilización orquestado por la oposición. A Flores no se le ha podido pedir cuentas sobre su manera de conducir el país en este primer año de gobierno. No ha tenido otra actitud frente a sus detractores que la desautorización: “mis críticos —ha afirmado— se equivocan”. En otras palabras, a juicio del presidente, su primer año de gestión ha sido un año duro por la incomprensión de la oposición y del pueblo salvadoreño en general.

Efectivamente, el ambiente político y económico nacional no ha sido lo más complaciente para Francisco Flores durante este período. Por una parte, al contrario de lo que su predecesor se esmeraba en negar y ocultar, tuvo que hacerle frente a una situación económica poco favorable. Los signos de un estancamiento en el crecimiento económico eran más que evidentes. Por otra parte, poco después de haber asumido la presidencia, debían celebrarse en el país elecciones para diputados y alcaldes. La coyuntura pre-electoral creó, en su momento, una situación política particular, en la cual la búsqueda de protagonismo por parte de los diferentes actores políticos prevaleció sobre la cordura y el entendimiento mutuo. A su vez, las diferentes huelgas del sector público no propiciaron el mejor escenario de trabajo. De esta manera, tanto en el plano político como en el económico, el nuevo gobierno de ARENA tuvo que enfrentar, a veces sin solvencia, graves problemas.

Sin embargo, una correcta evaluación de este primer año de gobierno, si bien no debe ignorar la coyuntura que le ha tocado enfrentar al presidente, debe hacer énfasis en el estilo y la eficacia con la cual se han abordado los problemas económicos, sociales y políticos más urgentes. Y, en este sentido, una evaluación de la labor del presidente debe remitirse a sus propuestas de campaña.

Dicho de otra manera, hay que preguntarse hasta qué punto ha cumplido realmente su propuesta de romper con la vieja manera de hacer política en el país.

Sobre este punto es pertinente hacer notar que el entusiasmo que había despertado la campaña de Francisco Flores se esfumó tan pronto como éste inició su gestión. Su manejo de las huelgas en el sector salud, sus posiciones partidarias durante la campaña para las elecciones de diputados y alcaldes, entre otros ejemplos, alimentaron esa pérdida de entusiasmo. El presidente no ha podido desmarcarse del atavismo característico de su partido. Su puesto como jefe de Estado no lo ha alejado, como lo exige la *Constitución*, de los intereses políticos partidarios. Durante este primer año de mandato no ha ejercido ninguna influencia para acercar los poderes ejecutivo y legislativo. Al contrario, lleva un récord de vetos a leyes y decretos provenientes de la Asamblea Legislativa. A ello se suma una notable falta de liderazgo y de capacidad mínima para discutir las iniciativas de ley que, se supone, buscan el bienestar del país.

Como respuesta a la falta de diálogo, a la incapacidad de escucha y la falta de presencia, el presidente ha emprendido una ofensiva nacional publicitaria. En los medios de comunicación, los diferentes ministerios hacen gala de sus “realizaciones”. Como los altos funcionarios gubernamentales creen que los problemas son una ficción creada por las noticias negativas de los periodistas, se trata de infundir otras ideas positivas en la población. Todo es un juego de imagen y de proyección. Este planteamiento dio resultados al presidente en su campaña electoral. Por ello, llegó a creer que la solución de los problemas actuales depende de cambios de imagen y de quien maneja la información. De ahí la novedad, en los primeros cien días del gobierno de Flores, de la figura del vocero presidencial. Sin embargo, a estas fechas, las campañas publicitarias no han podido cambiar la realidad. El presidente sigue reprobado y la mayoría de salvadoreños no cree que se logrará una mejora en el país, en los años que le quedan al actual gobierno.

Frente a este panorama desconcertante que ensombrece el horizonte democrático y el fortalecimiento de las instituciones nacionales, no faltará quien se pregunte por los logros, aunque mínimos, así como sobre las perspectivas de solución a los diferentes problemas que aquejan a El Salvador.

Ciertamente, en un año no se pueden resolver todos los problemas del país. Lo anterior, sin embargo, no impide —al contrario, urge— que se inicie un proyecto nacional de trabajo concertado. Es decir, en vez de un año de confrontación y propaganda para desprestigiar al “enemigo”, el presidente tendría que haber enfocado sus esfuerzos hacia un diálogo constructivo con todos los sectores del país. De esta manera, incluso hubiera podido sortear mejor los obstáculos provenientes de argollas e intereses mezquinos que, como gran parte de la población piensa, obstaculizan una buena gestión gubernamental. Entonces, aunque se puede pensar que no todo está perdido, puesto que el presidente tan sólo acaba de cumplir un año de gestión y este período es muy corto para establecer logros y fracasos absolutos, las evaluaciones y percepciones ciudadanas indican que se debe enderezar el rumbo. Pero, ¿cuál es el camino que debe tomar el presidente Flores para llegar a un cambio real y efectivo de rumbo?

En primer lugar, debe haber una apuesta real por la concertación y al diálogo. Los discursos tienen que transformarse en hechos concretos que reflejen inequívocamente una voluntad política constructora de democracia. Al final de su discurso a la nación, el 1 de junio, el mandatario habló de acercamiento a las diferentes fuerzas vivas del país para hacer frente al problema de la delincuencia común y organizada. Asimismo, se refirió al FMLN, reconociendo como gesto de buena voluntad e invitación a un diálogo sobre los temas nacionales su apoyo a la aprobación de un préstamo millonario para educación. Queda por ver cómo se hará realidad esta voluntad manifiesta en el discurso del presidente. En todo caso, se ofreció a “cruzar el puente” e ir al encuentro de los demás. En la medida en que haga realidad este ofrecimiento y reconozca que no sólo debe dialogar con el FMLN, sino con toda la oposición y las diferentes organizaciones de la sociedad civil, en esta medida estará volviendo a sus propuestas de campaña de romper con el autoritarismo y la verticalidad característica de su partido, que no admite propuestas disidentes, contrarias a la conducción del país.

En segundo lugar, la concertación y el diálogo para lograr un entendimiento sobre los problemas que aquejan a la nación, no deben circunscribirse



tan sólo al tema de la delincuencia. No cabe duda de que el tema de la seguridad ciudadana debe ser objeto de una discusión amplia, que comprenda a toda la sociedad, como lo reconoce el mismo presidente. Por la complejidad y profundidad de la violencia, la sociedad, en su conjunto, tiene que desarrollar una función preponderante, más allá de las continuas propuestas de reformas coyunturales a las leyes penal y procesal penal. En este sentido, será necesario discutir temas como la reactivación económica, la descentralización y un modelo de desarrollo con equidad.

Los avances económicos que se atribuye el gobierno tienen que situarse en su justa proporcionalidad. En este sentido, no sólo constituyen logros intangibles, como son los posibles beneficios del Tratado de Libre Comercio con México, el puerto de Cutuco, la Iniciativa para la Cuenca del Caribe y los proyectos de reforestación y reactivación agrarias, sino que también hay que ver sus límites. Para nadie es un secreto que las maquilas que posiblemente vengan al país, aprovechando las ventajas de la Iniciativa para la Cuenca del Caribe, no traerán “mejores” empleos. Ya se ha dicho que la reactivación del agro, en los términos que lo plantea la propuesta gubernamental, no beneficia necesariamente a los pequeños productores campesinos. Y no existe unanimidad entre los productores de café sobre la idea de que la mejor solución a la problemática de los bajos precios del grano en el mercado internacional se resuelve aumentando la producción.

Por otro lado, la gran empresa aglutinada en la ANEP, que suele defender sin objeción alguna el modelo económico de ARENA, ha criticado la

improvisación y falta de rumbo del gobierno actual. La oposición, no necesariamente en los mismos términos de la ANEP, plantea la necesidad de reformas. Situación que augura resistencias férreas, si es que se quiere tocar este tema en un diálogo nacional. Hasta ahora, ARENA ha reaccionado airadamente a toda propuesta que cuestiona el modelo económico implementado. El nuevo gobierno tiene que abandonar este pasado e iniciar una reflexión seria sobre la necesidad de oír e incorporar los aportes de las diferentes capas sociales, para un nuevo modelo de desarrollo económico.

En tercer lugar, el revuelo que han provocado en ARENA los resultados de las elecciones legislativas y municipales pasadas, tendrá una incidencia no menospreciable sobre el gobierno de Francisco Flores. Desde que se conoció el descenso del partido oficial en el número de diputados y alcaldes, se han conocido diversas maniobras para lanzar una recomposición interna y cerrarle el camino a la izquierda. Pero, hasta la fecha, no se ha visto ningún intento serio para aprovechar la coyuntura y replantear un nuevo perfil de la derecha de cara a la solución de los principales problemas que aquejan a la población. Al contrario, el proceso de reacomodo interno sigue influenciado por los intereses mezquinos del grupo de los banqueros, cuyo líder es Alfredo Cristiani. En este sentido, es probable que continúen las presiones para que el presidente se niegue a todo diálogo constructivo con los sectores de oposición y que llegue a cuestionar los privilegios que gozan la minoría empresarial. ¿Existe voluntad por parte del presidente para superar estos escollos? ¿Estará dispuesto a participar y asumir un liderazgo que haga frente a los intereses personales? Son preguntas difíciles que solamente las actuaciones de los próximos días podrán ayudar a dilucidar.

Entre tanto, sigue la incógnita sobre el camino que tomará el presidente en lo que resta de su mandato. Podrá elegir seguir con la confrontación y las campañas publicitarias o, al contrario, puede optar por conciliar los intereses particulares de los empresarios de su partido con los de la gran mayoría de salvadoreños, dialogar con la oposición, escuchar

y comunicarse con los diferentes estratos de la sociedad. Pero, en todo caso, cualquiera que sea la decisión del mandatario, es imperioso que la población en general, por medio de sus organizaciones, sindicales, gremiales etc., desempeñe una función más activa y preponderante en la vida nacional para forzar al presidente a tener una visión de nación.

A lo largo de este primer año de gestión del nuevo gobierno arenero, las diferentes organizaciones sindicales y sociales se han caracterizado por una tímida presencia en la escena política. No ha trascendido la escena de las huelgas y las protestas callejeras. Esto da lugar a que el gobierno, apoyado por buena parte de la prensa, atribuya todo tipo de movimiento social a la manipulación política del FMLN. Es un manejo puramente político demagógico igualar toda demanda social con maniobras izquierdistas; pero las organizaciones sociales deben mostrar mayor creatividad y organización, si quieren ser efectivas en sus demandas y conseguir legitimidad de parte de la sociedad.

Así, más allá de predecir un fracaso del gobierno de Flores —lo que podría interpretarse positivamente en beneficio de la oposición—, hay que ver este posible fracaso como un retroceso para el pueblo salvadoreño. De tal suerte que no sólo se demorará más de lo debido el urgente esfuerzo para iniciar una solución a los problemas nacionales, sino que podría aumentar el desencanto popular, la frustración ante los beneficios de la democracia y la apatía hacia cualquier participación política. Y lo que puede ser más grave: las posibles soluciones que pueden surgir. Tenemos el ejemplo de algunas salidas autoritarias a los problemas sociales, que se han ensayado en diversos países latinoamericanos. Desde la sociedad civil se debe trabajar para evitar cualquier solución que pudiera llevar a este camino. Por ello, el verticalismo y autoritarismo arenero se deben interpretar como una amenaza que se cierne sobre la vida nacional, en todas sus dimensiones.

**Centro de Información, Documentación  
y Apoyo a la Investigación (CIDAI)**